

Ana Carrasco Conde
Decir el mal



Comprender

no es justificar

ANA CARRASCO CONDE

Decir el mal

La destrucción del nosotros

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2021

© Ana Carrasco-Conde, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 11827-2021
ISBN: 978-84-18807-19-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

caminas por
las calles, haces como los demás, que
sin una palabra, al pasar empujan.

I. CHRISTENSEN

[...] Comprender [...] no significa ne-
gar la atrocidad, deducir de prece-
dentes lo que no los tiene o explicar
fenómenos por analogías y generali-
dades tales que ya no se sientan ni el
impacto de la realidad ni el choque
de la experiencia. Significa, más bien,
examinar y soportar conscientemen-
te la carga que los acontecimientos
han colocado sobre nosotros.

H. ARENDT

Índice

Prefacio	II
Introducción. <i>Sin reverso</i>	17

Parte I LO CRUENTO

Capítulo 1. En los adarves de Troya.	31
I. Un soldado <i>ignora</i>	35
II. Al <i>quitar</i> la vida de otros.	42
III. La <i>medida</i> del daño que causa	49
Capítulo 2. Ni siglos después podrá explicarse	55
I. A través de un acto de <i>egoísmo</i>	58
II. O mediante la <i>perversidad</i> del corazón humano	64
III. Lo que <i>trastorna</i> al mundo con eficiencia	70
Capítulo 3. Si el mal infligido es un exceso.	81
I. Causado por la <i>perversión</i> del orden	86
II. Por el placer de <i>transgredir</i> el límite	100
III. O quizá sea sólo lo propio de <i>bestias</i> o bárbaros	109
Capítulo 4. El mal no es un mero hacer ni un hecho aislado, sino una <i>forma de relacionarnos</i>	115
I. Que puede rastrearse sin <i>lados oscuros</i>	123
II. Para llegar a un <i>fondo</i>	133
III. Visible <i>en superficie</i>	141

Parte 2
LO CRUDO

Capítulo 5. Los males de Troya se repiten y se presenta	
innegable la <i>reiteración del daño</i>	157
I. El que se <i>hace</i>	161
II. El que se <i>produce</i>	171
III. Y el que <i>reproducimos</i>	178
Capítulo 6. Es necesario analizar las dinámicas intersubjetivas . . .	183
I. Las que construyen <i>mundo</i>	189
II. Pero también son capaces de generar lo <i>inmundo</i>	196
III. Cuando el ser humano se queda <i>sin mundo</i>	206

Parte 3
LO CRUEL

Capítulo 7. No hay palabras para el dolor, pero sí lenguaje	
para identificar las formas de hacer daño.	211
I. Las que <i>deshumanizan</i> al otro	218
II. Las que lo identifican como un <i>humano</i>	222
III. Y las que conducen al núcleo de lo <i>inhumano</i>	225
Agradecimientos	231
Bibliografía	233

Prefacio

Este no es un libro amable, aunque he tratado de escribirlo con amabilidad para quien lo lea y para mí misma. Es un intento de pensar el mal sin caer en el tópico de lo indecible, de lo ilimitado y de lo inimaginable. Porque lo cierto es que el mal puede decirse, concebirse, imaginarse, definirse, localizarse e identificarse. Otra cosa bien distinta es que queramos o no encararlo o si preferimos ampararnos en la excusa del carácter inextirpable del mal, de su inevitabilidad en la historia o de su carácter excesivo. No solo parece que el mal se repite, sino también la misma funesta canción que sobre él entonamos. Queda «fuera de la razón», se afirma a veces. «No es ético decirlo o representarlo», se sostiene otras. Y, sin embargo, es preciso identificar algunas de las condiciones sociales, culturales, políticas e incluso psicológicas que lo hacen posible si se quiere afrontar con eficiencia. Los actos que denominamos execrables apuntan aparentemente a una grieta en nuestra comprensión racional del mundo donde no suele querer mirarse (o simplemente no se sabe cómo hacerlo). No hay lados ocultos, pero sí lados que no miramos o incluso que no vemos porque los modos de hacer el mal y padecerlo, más allá de sus formas más extremas, son tan usuales que permanecen imperceptibles ante nuestros acostumbrados ojos. Un mal ordinario, ya ven qué cosas, que no es tal por ser vulgar, sino por ser común y corriente y, por tanto, algo compartido y heredado por los integrantes de una comunidad. Por ello sucede regularmente. A veces lo percibimos, cuando los acontecimientos son demasiado terribles y no podemos cerrar los ojos, aunque acabemos siendo insensibles a los mismos e incapaces de entender lo que está pasando porque el mal

ajeno, por ser ajeno y estar a distancia, deja de ser tan malo: al fin y al cabo creemos que ni nos afecta ni nos alcanza; y otras veces, manifiesto el mal en microgestos cotidianos, ni tan siquiera reparamos en él porque se encuentra de alguna forma en nuestros modos habituales de acción, es decir en el «orden de las cosas» y, por tanto, si no lo percibimos, si somos ciegos ante él, no existe para nosotros. Pero el mal, aun a distancia, nos acaba alcanzando aunque no lo percibamos de forma consciente o no veamos sus marcas, como el dibujo de las ondas provocadas por el caer de una rama sobre la superficie del agua que nadie percibe porque está ocupado (y cegado) en no ahogarse en la corriente imparable de los días. La herida del mal está ahí como lo están sus ondas y sus corrientes. Por eso es preciso mirar al mal de frente porque no es meramente una rama que cae, sino un golpe que derrumba. A veces, no ver al prójimo es una forma colateral de maltratarle y causarle dolor. En otras ocasiones, porque se ve al otro, se le hace daño conscientemente.

El problema de la Gorgona no es que ella te mire, sino que tú la mires de tal modo que te conviertas en piedra, que te insensibilices, que tu mirada sea la que se torne fría y distanciada. Para evitar la petrificación no se trata de dejar de mirar, ni de escudarse tras explicaciones edificantes utilizadas al modo del reluciente escudo de Perseo, que, parapetado tras él, empleó para encararse a la Gorgona, sino de aprender a mirar de un modo tal que el corazón no se convierta en piedra. No es fácil si queremos salir del lugar común que hace de la efectividad del mal algo inextirpable del ser humano, como un lado oscuro que nos acompañara, como una tendencia al mal, una naturaleza egoísta o un yo malvado que ha irrumpido de pronto en el mundo poniéndolo bocabajo. Si es una queja tan antigua que el mundo está en el mal, como afirma Kant (y Hesíodo en *Trabajos y días* muchos siglos antes), y el mal parece repetirse llevando a la reiteración inevitable del daño en la historia quizá no lo hemos pensado bien y haya que desquiciar el marco habitual y dislocar la lógica que hemos empleado para abordarlo, lo que implicar salir del angosto lugar común del «yo» o del no menos angosto y rígido espacio del «orden dado» contra el que hemos de combatir, como si éste fuera algo ajeno al nosotros. Todos estamos, lo quera-

mos o no, entretejidos con el otro y, en cierta manera, entregados a los demás porque en el seno mismo del nosotros nacemos y nos constituimos. El mal no es tan sólo una posibilidad del ser humano que podemos llevar a la efectividad, sino que tiene una afectividad: nos afecta e interpela, nos duele en los puntos de encuentro. Y es desde esos afectos y cómo nos relacionan con el prójimo como podemos afrontar el mal sin mirar hacia otro lado. Desde el nosotros. En realidad, no es el mal el que se repite porque cada vida y cada hecho concreto son únicos y singulares, irrepetibles, sino la forma en la que lo afrontamos como algo inevitable y consustancial, es decir, que el problema es nuestra actitud ante él, nuestra mirada, nuestras justificaciones edificantes. No es un libro amable, decía antes, pero decir el mal, identificarlo, localizarlo y mirarlo de frente quizá sea la única manera de no repetir sus modos o, al menos, de tener la libertad suficiente como para elegir salir de unas dinámicas o incluso para volver a repetir las. La conciencia da libertad. Más allá del acto mismo, más allá del hecho, más allá de lo estático de la concreción del daño que vemos o del puño que golpea, se encuentra la dinamicidad de un hacer orientado.

He intentado ahondar en las dinámicas del mal poniendo a prueba, ante la cruda realidad, las formas que ha tenido la filosofía de hacerse cargo del mal escudándose en conceptos que a veces poco dicen –salvo excepciones– de la experiencia real que tenemos de él. Cuando estos conceptos se ponen a prueba ante los testimonios del horror, casi ninguno resiste el examen. Quizá deba ser así, pero no por indolencia o por sistemática edificación, sino en principio a causa de la impotencia del lenguaje para decir las cosas que son. Hay, sin embargo, que tratar de decir para entender y no darse por vencido. Paul Celan habló de cenizas e hizo de ellas versos vivos que acogen el daño para cuidar a quien lo padeció. En sus versos, Nelly Sachs hizo prisioneras a las palabras para deletrear lo que ella denominó «el vacío designado con un nombre». Los griegos ya habían señalado la diferencia entre el nombre (*onoma*) y el discurso (*logos*). Decir el mal es por ello una forma de dar cuenta de que quizá, aunque las palabras no digan lo que queremos señalar con su nombre (*onoma*), sí podemos y debemos hablar de él en un discurso (*logos*), aunque a veces nos falten las palabras porque con ellas

tejemos y nos entretijemos con los demás haciendo visible los modos de relacionarnos.

Los primeros capítulos suponen una recuperación de la tradición filosófica, pero también en cierta medida constituyen un diálogo crítico con ella para encontrar las palabras que neutralicen la ceguera con la que afrontamos la realidad. ¿Qué hubiera dicho Kant ante el genocidio de Ruanda? ¿Y Platón ante los jemerres rojos? ¿y Leibniz del régimen de terror de Jorge Rafael Videla en Argentina? ¿Y Agustín de Hipona encarado a Rudolf Höss? Por eso, por haberme enfrentado a casos reales, también he tratado de ser amable en el modo de decir el mal porque para escribir este libro he escuchado y recogido con todo el respeto que he podido testimonios tanto de víctimas como de perpetradores. Es preciso además dejar claro que este libro no identifica al perpetrador como malvado y a la víctima como inocente alma bella, sino que su empleo se refiere a la distinción entre quien sufre el daño y el que lo hace, más allá de la simple asociación entre, por un lado, mal y perpetrador y, por otro, bien y víctima. Ruego a quien lea este libro que lo tenga en cuenta. Las cosas son mucho más complicadas que ese pensamiento del todo o nada que, en realidad, más que explicar, simplifica y deforma. El mal no se reduce a una cuestión de agencia, de padecimiento o de un orden estructural que parece existir al margen de las personas, sino a una dinámica que lo alimenta y que genera modos de ver, comprender, identificar y tratar al otro. Incluso produce modos de ceguera. Es por tanto una cuestión del «nosotros». De ahí el subtítulo del libro. La segunda y la tercera parte ponen a prueba mis propias reflexiones sobre el mal y desarrollan mi propuesta.

Decir el mal profundiza en un *infierno horizontalizado* desde el punto de vista del mal causado y no tanto del daño, al que dediqué *Infierno horizontal* (2012). Si el dolor es incomunicable, como afirmó Améry, aquello que lo genera puede señalarse. No se pretende enumerar o comparar entre sí diferentes formas de la atrocidad en el tiempo, desde las del mundo antiguo, como la destrucción de Melos a manos de los atenienses en el 416 a.C. o las descritas por Bartolomé de las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, hasta las de los genocidios como el judío o el acontecido en Ruanda en 1994. De lo que se trata es de indagar en las di-

námicas de producción del mal y qué sucede en el ámbito intersubjetivo que lleva a generar un comportamiento destructivo hacia el otro y que acaba teniendo un impacto en cada uno de los integrantes de una comunidad. Del nosotros al yo, por parafrasear a Valls Plana. El mal puede ser límpido, perfecto, cometerse sin errores y de forma eficiente, con conocimiento y conciencia, pero, contra Schelling, del que me alejo en estas páginas, no se reduce a una cuestión del yo o de inversión del orden. El mal no es un mero hecho ni un hacer, es sobre todo una forma concreta en la que la «parte» quiere ser «el todo» y se impone como tal.

Decía Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* que la virtud sólo llega a enraizarse en el carácter (en griego *êthos*) cuando éste se construye a través de la repetición de una buena costumbre (en griego *ethos*), de modo que el carácter sería una forma de costumbre sostenida en el tiempo, como sugiere el cambio vocálico de *êthos* (ἦθος) a *ethos* (ἔθος) que el propio Aristóteles señala. ¿Y si hacer el mal es de igual manera una cuestión de costumbre que genera modos de los que no somos conscientes hasta que es demasiado tarde? ¿Y si esta repetición de formas genera un patrón de conducta (que denominaré dinámicas) que a su vez conforman mapas (y sesgos) cognitivos? ¿Y si el mal ha de ser analizado en el vínculo que relaciona a los seres humanos, sin eximir, por supuesto, de responsabilidad a cada uno de los agentes?

Decir el mal supone una forma de concluir (¿por el momento?) mi trabajo sobre el mal, dándome a mí misma respuestas a algunas preguntas con las que empecé. Hay otras, muchas, que no he conseguido alumbrar, pero la filosofía no tiene por qué tener respuestas para todo. Sólo nos enseña a preguntar y nos permite mirar de otro modo, localizar grietas, avistar precipicios, y aceptar que no podemos conocerlo todo, pero sí podemos cuestionar todo lo que conocemos. Y esto es (casi) todo lo que he cuestionado sobre lo que he entendido o creído comprender sobre el mal.